

30 AÑOS DE LA ECONOMIA VENEZOLANA

D.F. MAZA ZAVALA

El treinta aniversario de una promoción de economistas es ocasión propicia para actualizar el discurso de cinco años atrás cuando invitado por antiguos alumnos se refería a la economía venezolana.

En esta ocasión, sus reflexiones, "...signadas por la preocupación y acaso por la angustia..." además de pasar revista a los cambios ocurridos en los últimos treinta años y las contradicciones que se observan en el mundo actual, nos ofrece un panorama del país en este año de 1993 y sugerencias de los años por venir.

INTRODUCCIÓN Y PRESENTACIÓN

Hace 25 años mis antiguos alumnos, que entonces cumplían un cuarto de siglo de su egreso de la Universidad Central con el diploma de Economista, me honraron designándome orador de orden en el acto central de la celebración del aniversario, en el Paraninfo del Palacio de las Academias. Hoy, cuando cumplen 30 años de su promoción, me invitan nuevamente a pronunciar un discurso y actualizar lo que dije en 1988 sobre la economía venezolana. La exposición que hice ayer —hace un quinquenio, tan breve y tan intenso en nuestro acontecer— y la que hoy hago no las califico como discursos, ni como conferencias, ni como lecciones magistrales sino como reflexiones signadas por la preocupación y acaso por la angustia, sentimientos inevitables motivados por la compleja realidad del país y la dificultad de las salidas; y no llego al extremo de mostrar frustración o escepticismo, porque nunca he aceptado la derrota o la resignación por más que lo que he pensado, escrito o expresado verbalmente a través de la vida, en las más diversas circunstancias, no lo he visto plasmado en decisiones útiles para la transformación de la inconveniente realidad; o quizá he sido tan ambicioso en mis ideas, o tan exagerado en mis esperanzas, que lo observado como cambio en nuestro país permanece lejos de los horizontes deseados. Pero hay que dejar la subjetividad de la razón para entrar en el dominio de la razón objetiva.

En los últimos cinco años la crisis global que padecemos se ha profundizado. Existe la convicción general de que esta crisis, en sus múltiples dimensiones y características, interrelacionadas, no es de fácil, ni simple, ni de rápida superación. Emerge de las raíces de la nación, de las vertientes vitales de la sociedad, cubre

todas las estructuras, afecta a todos los componentes del ser nacional y se manifiesta de uno u otro modo en los hechos cotidianos y en los trascendentes, en las acciones de los que forman la masa del común y en las de los dirigentes y notables. Puede decirse, quizá, que la crisis se ha consustanciado en el quehacer individual y colectivo; es el marco de referencia de los propósitos y empeños, el condicionante de nuestras actividades y, lamentablemente, la sombra que oscurece nuestro futuro. Sin embargo, podemos fortalecernos con la apreciación, que es ya lugar común, de que la crisis es el proceso necesario para que el cambio fundamental sea generado, como la conmoción orgánica y psíquica de la parturienta abre camino a una nueva vida. Lo que no se aprecia es la solidaridad social en el sacrificio y el esfuerzo, la equidad en la distribución de las cargas y los costos: mientras una minoría no sólo se evade de los padecimientos sino que se enriquece en magnitudes sin precedentes, y concentra poder y bienestar ostentados ofensivamente, la mayoría —que ayer se configuraba en proporción menor si cabe la aparente contradicción— sufre los diferentes grados de la pobreza, el abatimiento de las más elementales satisfacciones, la quiebra de las más modestas expectativas de mejoramiento, los riesgos del colapso de la propia dignidad. Por ello hay que decir que la crisis, no obstante su carácter global en cuanto se refiere a factores, procesos y manifestaciones, existe para los más como una realidad dramática y para los menos como una oportunidad socialmente ilícita de acumulación.

CONTRADICCIONES EN EL MUNDO ACTUAL

No nos consuela la circunstancia de que el mundo actual, prácticamente sin excepción, padece de crisis. Parece como si la humanidad estuviese condenada a ser víctima de sus propios adelantos. Mientras las fuerzas del conocimiento, de la creatividad, del ingenio, conquistan lugares antes vedados para el progreso y aun velados por el misterio, y la capacidad de generar riqueza se eleva en forma exponencial, se extiende y profundiza el mapa de la pobreza en el mundo, el hambre cobra millones de vidas, el de-

empleo registra índices alarmantes, las catástrofes naturales sorprenden indefensas a numerosas comunidades y las causas de muerte regresan del pasado remoto para figurar en las estadísticas de fallecimientos de nuestro tiempo. Por otra parte, mientras se proclamaba con júbilo, hasta cierto punto perverso, el colapso del socialismo soviético, que supuestamente iba a permitir el advenimiento de una era de paz y de cooperación entre las naciones, las imposiciones de la hegemonía, los afanes y trajines de la dominación propician nuevos motivos de conflicto y la sombra de la guerra no ha dejado de pasearse por los escenarios en que se ventilan, junto con las nobles causas, los más oscuros intereses. En el corazón de Europa, en la ruta histórica de viejas civilizaciones, se levantan como fantasmas milenarios los conflictos primitivos del hombre, los atavismos, los fanatismos, los localismos, el imperio de los instintos primarios armado con los medios más sofisticados de destrucción y muerte. Quienes presurosa y expeditivamente impusieron la paz a fuerza de primacía militar en el golfo Pérsico no han sido capaces, o no han tenido la voluntad de hacerlo en la Europa centrooriental prisionera de la tragedia.

Es lugar común también decir que estamos en una encrucijada. Estar en esta situación significa tener alternativas para proseguir la marcha; al parecer se ofrecen caminos diferentes; pero la duda, la incertidumbre, el desconcierto agobian al viajante, al país en su circunstancia, y la escogencia se torna difícil. Si los caminos fuesen alternativas convergentes, para conducirnos a un destino deseable y posible, la elección sería relativamente sencilla. Pero los caminos pueden ser hasta tal punto divergentes, que algunos pueden llevarnos al desastre, al deambular inútil, al fracaso; y otros quizá nos favorezcan en el empeño de llegar a la buena tierra, a la fuente donde apagar la sed, al lugar donde se pueda construir la casa, sembrar el árbol, procrear el hijo.

CAMBIOS EN LOS ÚLTIMOS 30 AÑOS

En 1963, año de la graduación de los economistas que hoy celebran el trigésimo aniversario, la democracia venezolana estaba, por decirlo así, adolescente, y el empeño de los dirigentes políticos, económicos y sociales sostenedores del establecimiento institucional era el del fortalecimiento y la consolidación del régimen democrático. Estaban recién estrenadas la Constitución de 1961 y la Ley de Reforma Agraria. Venezuela había contribuido en posición eminente a la creación de la OPEP, que entonces era considerada por los consorcios del petróleo poco menos que un juguete de los países exportadores de este producto. Se creó en Venezuela la Corporación Venezolana de Petróleo, que considerábamos en ese tiempo como el embrión de la nacionalización de la actividad petrolera. Dos procesos productivos estaban en marcha, como partes de una estrategia de crecimiento hacia adentro: la industrialización sustitutiva de importaciones y la modernización agrícola. La coyuntura petrolera era recesiva, con la caída de los precios hasta valores irrisorios y la retracción de inversiones, en buena medida como táctica intimidatoria de las corporaciones concesionarias para obligar al gobierno a rectificar los términos fiscales impuestos en 1958 según el decreto/ley de la Junta de Gobierno presidida por Edgar Sanabria. Por la misma razón —y por la incipiente salida de capital de los años 1958 a 1960— la balanza de pagos estaba en posición débil, aunque en vías de restablecimiento en virtud del control de cambios, implantado en noviembre de 1960 con relativo éxito, y de otras medidas monetarias, fiscales y comerciales tomadas por el gobierno para superar la crisis económica entonces existente. El escenario político estaba conmovido en esos años, por los hechos conocidos de la ruptura parcial del Pacto de Punto Fijo, el impacto de la revolución cubana, el aumento del desempleo, la división de AD para constituir el MIR y la cerrada oposición al gobierno de Betancourt por parte de la izquierda, hasta el punto de que ocurrieron alzamientos militares y brotes de lucha armada en campos y montañas. La urbanización estaba en marcha, el Estado adquiría funciones más directas en el campo económico y social, se adelantaba la instalación de indus-

trias y servicios básicos bajo la propiedad y el control gubernamental; se ensayaba la planificación normativa, supuestamente imperativa para el sector público e indicativa para el privado. La burguesía se diversificaba con la incorporación, en cierta forma contradictoria, de los estamentos industriales y agrícolas, mientras que el proletariado crecía y tomaba fuerza sindical e influencia política. La llamada clase media —profesionales, técnicos, intelectuales, empleados públicos y privados, maestros, pequeños empresarios— ocupaba espacio creciente en la sociedad nacional y mostraba su disposición a ser factor estabilizador del orden democrático, económico y social.

En el mundo exterior podía observarse la expansión sostenida de la economía, tanto la capitalista como la socialista, la emergencia económica de Europa occidental, principalmente Alemania, y de Japón, el apogeo de las políticas públicas sustentadas en las funciones del Estado benefactor, compensador de las deficiencias e insuficiencias de las economías de mercado, regulador e interventor, a la par que impulsor de la acumulación privada de capital y del dominio del gran consorcio empresarial a escala mundial. Las fuerzas productivas se desarrollaban vigorosamente al favor de un patrón de aprovechamiento de materias primas naturales, combustibles fósiles líquidos, fuerza de trabajo remunerada realmente por debajo de su productividad y mercados cautivos, capturados a través de los ciclos internacionalizados de producción e inversión. En el escenario del poder mundial se desenvolvía la confrontación Este/Oeste y en el de los profundos desniveles de desarrollo, ingreso y bienestar la relación Norte/Sur, en la que se instrumentaba la imparidad del intercambio y la asimilación de la brecha real de riqueza y pobreza entre los países. En el continente americano la confrontación era entre el paradigma de la revolución cubana y de la Alianza para el Progreso, en cuyo trasfondo se perfilaba, como iniciativa propia de nuestros países, la integración económica regional.

LAS MAGNITUDES ECONÓMICAS EN 1963

Dimensiones relativamente modestas y en cierto modo proporcionadas eran las de la economía venezolana de aquel tiempo. La población apenas se aproximaba a los ocho millones de habitantes y crecía a razón del 3 por ciento anual. El producto bruto interno se cifraba en US\$ 5.600 millones lo que determinaba una cuota por habitante de US\$ 700 en términos reales. Las exportaciones totalizaban US\$ 2.500 millones, las importaciones menos de US\$ 1.000 millones, las reservas monetarias oficiales se situaban en US\$ 740 millones y la tasa de cambio era de Bs. 4,50 por un dólar de EE.UU. La balanza de pagos registraba un saldo activo de US\$ 157 millones, en tanto que la deuda externa ascendía a US\$ 150 millones. El ingreso fiscal ordinario del gobierno central montaba a Bs. 6.600 millones y el presupuesto acusaba un superávit de Bs. 29 millones. El crecimiento económico del país se realizaba a la tasa interanual de 6,9 por ciento con referencia a una tasa de inflación de 1,9 por ciento. La distribución del ingreso era —como ha seguido siéndolo— bastante regresiva, con 59 por ciento como parte de las remuneraciones laborales y 41 por ciento como ganancias de capital y la empresa. La pobreza calificada como crítica se estimaba en 15 por ciento de la población. La producción de petróleo se efectuaba a la tasa diaria de 3.074.000 barriles, las reservas probadas se situaban en 17.000 millones de barriles y el precio promedio de realización de la exportación de hidrocarburos no llegaba a 2,50 dólares por barril.

Entonces el objetivo era el de la recuperación económica y de la paz política y social. Salvo los proyectos considerables de industrias básicas y la electrificación del Caroní, las metas de la gestión pública eran más bien modestas. Las expectativas generales estaban contenidas dentro de límites impuestos por la escasez de los recursos. Los patrones de vida de la mayoría se ajustaban a los niveles de ingresos, derivados principalmente de los procesos puestos en marcha en los frentes industriales y agrícolas, ya que la construcción y el petróleo estaban afectados por la recesión. Podía afirmarse que no existía el hambre física como

un fenómeno social, sin que por ello dejara de reconocerse el estado de pobreza de un sexto de la población y el modesto pasar de un 70 por ciento. Los servicios públicos funcionaban, la seguridad de personas y bienes era razonablemente satisfactoria, la dimensión del Estado correspondía más o menos a la de la economía y la sociedad. Era un país que evolucionaba sin saltos, convaleciente todavía de las lesiones de la dictadura y tratando de aprender el ejercicio de la democracia representativa. No era, desde luego, un paraíso terrenal, ni paradigma de desarrollo; pero sí era un país con esperanza de surgimiento, habitable, manejable. Todo ello sin dejar de consignar, en razón objetiva, los traumas de la contienda civil, la violación de derechos humanos, las restricciones al ejercicio de las libertades políticas y civiles.

EL PAÍS EN 1993

De los 30 años transcurridos entre 1963 y el presente, la mitad aproximadamente han sido de crisis. Los años que precedieron a la extraordinaria afluencia de ingresos petroleros en 1974 fueron de recuperación o de modesto crecimiento en términos macroeconómicos globales. La bonanza que se extendió de 1974 a 1978 ha sido excepcional en la evolución económica venezolana posterior a 1958. La década de los 60 fue en parte recesiva y los últimos años de ese período no pueden considerarse como de expansión. Los primeros años de la década de los 70, antes de la explosión petrolera, fueron de crecimiento, con notable ajuste entre las dimensiones reales y las nominales de la economía. Ciertamente, comenzaban a sentirse presiones inflacionarias emergentes y se notaban los primeros signos de agotamiento del modelo económico, sustentado en la percepción fiscal de parte del excedente petrolero, el papel relevante del Estado en la acumulación nacional y el sostenimiento de un modesto nivel de bienestar social, el proceso de sustitución de importación y los estímulos derivados de la urbanización y la modernización, entre otros aspectos. En vísperas de 1974 estaban dadas las condiciones para intentar con éxito la nacionalización de la industria y el comercio de los hidrocarburos.

Oportunidades para una transformación real de la economía y de desarrollo social equilibrado y sostenido se presentaron entre los años 1974 y 1981. Dos hechos pudieron servir de palancas poderosas para avanzar en el camino hacia aquellos objetivos: la afluencia sin precedentes de ingresos petroleros y la decisión de reservar al Estado la industria y el comercio de los hidrocarburos. El respaldo político de los gobiernos de ese período, evidenciado en los comicios de 1973 y 1978, era mucho más que un visto bueno para emprender reformas profundas en todos los órdenes de la vida nacional: tenía el carácter de un mandato en ese sentido. Por si fuera poco, el Congreso de la República otorgó en 1974 poderes extraordinarios al Presidente Pérez con el objeto de facilitar y acelerar las medidas necesarias para la transformación posible. Como podrá recordarse se dictaron entonces, al amparo de esos poderes, centenares de decretos con fuerza de leyes, que en conjunto parecían constituir una revolución normativa. La incorporación directa al dominio del Estado de la industria petrolera, aunque condicionada y onerosa injustificadamente, dotó de una fuerza efectiva al gobierno para el rescate de la soberanía económica y el adelanto estructural de la economía. Todo parecía estar dado para un cambio significativo en las ordenadas económicas y sociales. Sin embargo, esa singular coyuntura se perdió. Era necesario comprender la naturaleza y los alcances de los procesos que ocurrían en el país y en el mundo, y tener visión y voluntad para reorientar el rumbo de nuestra economía en anticipo incluso de los nuevos tiempos. Tenía que modificarse sustancialmente el modelo de crecimiento y funcionamiento de la economía y la sociedad que venía de las décadas de los 50 y 60, para lo cual se disponía de extraordinarias facilidades, entre las cuales la afluencia petrolera destacaba por su importancia. Construir la alternativa a la dependencia primaria-exportadora, consistente en una capacidad de producción diversificada y orgánica, apoyada en el mercado interior pero proyectada al exterior, basada en el desarrollo de las ventajas comparativas reales del país, en los recursos energéticos, mineros y agrícolas, en la elevación del potencial humano mediante la protección de la salud, la educación, la seguridad social y la justa distribución del ingreso,

eran, entre otros, los lineamientos estratégicos de esa transformación. En lugar de éstos se propició un espúreo y perverso cambio de dimensiones de la actividad económica, reflejado mucho más en las variables financieras, fiscales, monetarias, comerciales y circulatorias que en las reales de la producción, la inversión reproductiva, el consumo real, el empleo efectivo, la productividad y la elevación del nivel y la calidad de vida. Y, para mayor desacierto y perjuicio de las posibilidades de desarrollo, se contrajo una cuantiosa deuda externa, desproporcionada a la capacidad de pago de la nación, dudosamente capitalizada, que sirvió en buena parte para financiar la fuga de capital, para quebrantar la fortaleza del bolívar y favorecer ilícitamente el enriquecimiento de minorías vinculadas al poder.

LA DECLINACIÓN DE UNA ÉPOCA

Un análisis objetivo de la dinámica económica mundial en los decenios de los 70 y comienzo de los 80 tenía que llegar a la conclusión de que la era del petróleo primario, como medio energético principal del patrón tecnológico, productivo y de consumo de los países desarrollados, estaba tocando a su fin. Por consiguiente, también estaba de paso el *modus vivendi* económico/social sustentado por la vertiente del ingreso petrolero. Declinaba también el modo de industrialización y crecimiento basado en la sustitución simple de importaciones. Era menester un reajuste a fondo de la estrategia de desarrollo, en la cual las funciones del Estado y las de la sociedad civil tenían que ser redefinidas, y promover nuevas fuerzas de crecimiento y desarrollo social. Esta oportunidad pudo ser la que se presentó en los años 1979 y 1980, los primeros del gobierno de LHC, en que el margen de maniobra era bastante amplio y firme. Denunció el Presidente entonces que recibía un país hipotecado, lo que daba lugar al supuesto de que se proponía cancelar la hipoteca o amortizarla sustancialmente y no contraer nuevo endeudamiento. Todavía están por averiguar las razones por las cuales, en vez de ese proceder prudente, la hipoteca se duplicó en breve tiempo, se estimuló la salida de ca-

pital, se propiciaron las circunstancias para el quebrantamiento de la balanza de pagos y se inició un período de recesión económica.

No soy de los que considera que hay fatalismos o determinismos económicos que se imponen incondicional e inevitablemente a los países y las naciones. Tampoco he sido devoto de la creencia de que el petróleo es una maldición, un causante de deformaciones, desequilibrios, desbordamientos y frustraciones que pudieran conformar una especie de patología para la cual la cura es difícil o imposible. Por razón similar no abono la tesis de que la crisis mundial, que de una u otra manera existe desde la década de los 70, es un condicionante forzoso del comportamiento de las economías nacionales al cual no pueden escapar sino tratar de ajustarse o aliviar sus efectos negativos. En nuestro caso, no tuvimos por qué contraer una deuda externa masiva e impagable, que ahora nos mantiene sometidos a un cautiverio financiero que mediatiza la soberanía económica y política y hace menguadas las perspectivas de desarrollo. No había por qué sufrir una prolongada crisis cuya manifestación más penosa e injustificable es la degradación socioeconómica de la mayoría nacional. No teníamos por qué someternos a políticas de ajuste dictadas desde los centros mundiales de poder, en vez de construir nuestra propia estrategia de transformación, en relación con los cambios en la economía mundial. No soy tampoco de los que predicán orientaciones políticas en contraposición a los hechos cuyo control no está en nuestras manos, como los que ocurrieron entre 1986 y 1988 en el campo internacional con especial referencia al negocio petrolero. Tratar de sostener internamente el nivel de la actividad económica, del empleo y el ingreso —propósitos loables desde el punto de vista social y político— cuando se sufría una caída vertical de los precios del petróleo, no era lo más aconsejable. En una economía abierta, como la venezolana, aunque sujeta a algunas restricciones en el orden cambiario y comercial, los efectos de políticas anticoyunturales sencillas, como las practicadas en los años mencionados, pueden ser muy inconvenientes en cuanto a los costos y los desajustes, como los que realmente ocurrieron. Algunas variables significativas no fueron reguladas eficazmen-

te, tales como las importaciones, las salidas de capital y la oferta de divisas preferenciales. Menos diligencia oficial se mostró en la lucha contra la corrupción, particularmente desbordada ésta en cuanto a la administración cambiaria bajo la jurisdicción del despacho de Hacienda y la complicidad abierta o encubierta de algunos bancos. Para colmo de males y errores, el refinanciamiento de la deuda pública externa fue enteramente desfavorable para el país y se evidenció en el hecho de que se efectuaron desembolsos por el servicio, en un período de contracción considerable de los recursos cambiarios y fiscales, a un promedio anual de US\$ 4.500 millones.

EMERGENCIA Y TRANSFORMACION

Sin duda, a comienzos de 1989 la economía nacional estaba en situación de emergencia, como lo está en este momento, cuatro años y medio después. Era indispensable una reorientación de la estrategia económica y la implantación de políticas y medidas rectificatorias. Diferentes opciones y puntos de vista se sostienen en relación con aquella coyuntura compleja. A mi juicio está fuera de discusión la necesidad de restablecimiento y mantenimiento de equilibrios macroeconómicos claves: el externo, el fiscal, el monetario, el comercial; pero igualmente fuera de discusión está la necesidad de mejorar el balance socioeconómico, es decir, la capacidad de sostenimiento de niveles elementales de vida en condiciones de equidad. También está fuera de discusión la necesidad de preservar y fortalecer la capacidad productiva interna en los renglones esenciales de inversión y consumo. Una estrategia integral se imponía en 1989, como necesidad y posibilidad, como se impone ahora ante una coyuntura tan difícil como la de comienzos de 1989. Esa estrategia se habría proyectado en dos planos interrelacionados: el de corto plazo, bajo la emergencia, como transición y, si se quiere aceptar el término, ajuste; y el de mediano y largo plazo, de transformación, con el reemplazo de los paradigmas en crisis por otro centrado en el desarrollo humano, en la potencialidad del trabajo, en la jerarquía de necesidades según la racionalidad social y en las aptitudes reales del

país para generar riqueza útil, cuya distribución justa garantice el acceso de todos al bienestar. No se trataba de continuar sin cambio por los caminos del pasado, ni de apuntalar los modelos de crecimiento y funcionamiento que ostensiblemente estaban fracturados. Pero no debía tratarse tampoco de resignar incondicionalmente el manejo de las palancas estratégicas del país a imposiciones claramente vinculadas a intereses transnacionales, centrados en el dominio financiero de la deuda externa y el afán de conquistar espacios abiertos para los movimientos, igualmente transnacionales, de mercancías, servicios y capital.

No es menester repetir aquí la historia reciente y dramática de la implantación irrestricta y hasta cierto punto servil de las políticas de ajuste de índole fondomonetarista y neoliberal. Se ha pretendido presentar este proceso como un cambio estructural, de una economía regimentada, intervenida, subsidiada y cerrada, en una economía de mercado, autorregulada, competitiva, abierta, bajo el signo de la libertad individual. Las decisiones tomadas en este sentido se hicieron en contraposición al régimen democrático; han tenido las características de autoritarismo providencial, presunción de autosuficiencia tecnocrática, condicionamiento de la soberanía nacional y hasta de sadismo social. Una economía mixta más equilibrada, más operativa, más flexible, de funcionamiento eficaz del mercado, era y sigue siendo el objetivo de la transición y de la transformación, procesos que no se han cumplido y que están planteados como necesarios en el presente. Las consecuencias de esas imposiciones las estamos padeciendo desde hace más de cuatro años: mayor desequilibrio estructural de las finanzas públicas, mayor desequilibrio en las transacciones internacionales del país, devaluación acentuada y continua del bolívar, inflación persistente con particular incidencia en el costo de la vida popular, tasas nominales de interés que no pueden ser asimiladas por los sectores productivos, sobredimensionamiento del sistema financiero en relación con la economía real, masificación de la pobreza en diferentes grados, mayor concentración de la riqueza, el ingreso y el bienestar, quebranto de actividades productivas con especial incidencia en la agricultura, deterioro

del patrimonio público, aumento de la tasa efectiva de desempleo, grave fractura de la sociedad civil, mayor hipertrofia del Estado, entre otras manifestaciones. Se nos prometió el paraíso terrenal en el mediano plazo y solo hemos obtenido el purgatorio de pecados que la gente del común no ha cometido.

DICOTOMÍAS Y ASINTONIAS

Las posiciones en el pensamiento económico y la praxis política en que se manifiestan se presentan en la forma de dicotomías supuestamente irresolubles o terminantes: la del mercado frente al Estado, la del individuo frente a la sociedad, la de la competencia darwinista frente al solidarismo, la del crecimiento frente al desarrollo humano, entre otras. En lineamientos más específicos parecen enfrentarse los objetivos de crecimiento económico interior y el exterior, la planificación y la libertad económica, la gestión pública y la privada. Estas dicotomías son falaces a la luz del principio de la optimización del interés del mayor número. La solución de las antítesis no puede ser otra que las síntesis; los conflictos se resuelven estratégicamente mediante la conciliación. El funcionamiento del mercado exige, además de las leyes autorreguladoras, las de supervisión externa, de corrección de las desviaciones y de compensación de las imperfecciones; es decir, requiere la normativa y la fiscalización del Estado. Individuo y sociedad son dimensiones con el mismo origen, el sujeto aislado es un indefenso y un minusválido, la sociedad es un agregado de individuos, el ser humano es gregario. El darwinismo económico supone la ausencia de la racionalidad y ésta es indispensable en la organización social como sostén y acicate: es la solidaridad. La razón económica no sería consistente si no está relacionada al objetivo del desarrollo humano, puesto que la economía es una actividad humana para asegurar la existencia humana en condiciones de progreso. El crecimiento económico, proceso necesario aunque no suficiente para el desarrollo, tiene que ser orgánico, con vertientes en el propio país y hacia el resto del mundo: sería tosudez o insania cometer el error de los sesgos: el antiexportador y el antimercado doméstico. La planificación, como expresión

deliberada y voluntaria de un proyecto nacional, democráticamente definido y establecido, con fines, objetivos y metas consistentes y viables, no puede ser excluida del esfuerzo necesario para superar la crisis y alcanzar el desarrollo. La gestión pública y la privada no tienen por qué ser contradictorias, si se definen los campos respectivos, sino complementarias. Estos conceptos me parecen indispensables como orientaciones de la acción nacional en la presente coyuntura.

Otras relaciones supuestamente contradictorias parecen influir en las actitudes, las opiniones y las expectativas de los venezolanos. Se tiene la referencia o el recurso, deformado o tergiversado, de la pretendida eficacia de la dictadura en cuanto a la obra material, la seguridad y el buen funcionamiento de los servicios, y se la contrapone a la pretendida ineficacia de la democracia para lograr éxitos comparables o superiores; como réplica se afirma que la democracia propicia el desarrollo político y social, aunque imperfectamente. Existe la posibilidad concreta de un funcionamiento integral de la democracia que permita la relación del progreso material y el social, en la concurrencia de un orden económico eficiente y justo, de un orden político de libertad y convivencia, de un orden social de equilibrio e igualdad relativa. Estamos empeñados en la profundización de la democracia, en la liquidación del negocio político de minorías y en la cabal participación de la totalidad en el ejercicio de la soberanía y el poder. Del mismo modo estamos empeñados en rescatar y fortalecer, en los hechos, la vigencia del nacionalismo compatible con el internacionalismo, en transformar la tendencia de globalización de interdependencia de las naciones, en establecer un orden mundial participativo en que no se imponga la perversa dinámica de la concentración y la exclusión, ni la coexistencia ominosa entre riqueza y pobreza, entre poder y subordinación, entre dominación y dependencia. Interpretamos así el momento crucial que vivimos.

LA ECONOMIA ACTUAL

Es objetivamente cierto que las dimensiones de la economía y del país se han multiplicado los últimos 30 años. Somos ahora más de 20 millones de habitantes y deseamos ser 20 millones de personas en la cabal expresión de la calidad humana. Obtenemos un producto bruto interno de US\$ 78.000 millones, de US\$ 3.900 en términos de cuota por habitante. Se puede extraer petróleo a razón de 2.500.000 b/d y se dispone de reservas probadas de esta sustancia por un monto de 60.000 millones de barriles y potenciales de tres veces más. El ingreso fiscal ordinario equivale a US\$ 12.300 millones a la tasa de cambio actual. El ingreso de exportación se puede calcular en US\$ 14.000 millones. Si se avaluara el capital productivo del país probablemente sobrepasaría la suma de US\$ 200.000 millones. Sin embargo, otras dimensiones nos inquietan y deprimen: la deuda externa supera los US\$ 36.000 millones; las importaciones no necesarias para la producción y el consumo esenciales llegan a US\$ 4.000 millones anuales; la inflación se sitúa en 38 por ciento a ritmo anual; la pobreza crítica es padecida por no menos de siete millones de venezolanos y la pobreza relativa global afecta a dieciséis millones; el desempleo efectivo (ponderando el desempleo formal y el informal) se sitúa en 30 por ciento de la población activa; los ingresos laborales representan alrededor del 58 por ciento del ingreso nacional, mientras que los ingresos del capital, la empresa y la propiedad representan el 42 por ciento, perfil muy regresivo de la distribución, prácticamente sin variación después de 34 años de democracia representativa. Sin duda alguna el país ha crecido; pero más cuantitativamente que cualitativamente; los males y deformaciones de la sociedad se han multiplicado. La brecha entre las posibilidades y las necesidades se ha ensanchado. La gran tarea consiste en cerrar esa brecha, en cancelar la deuda social, en hacer que la deuda financiera no destruya los fundamentos de nuestra soberanía.

En el escenario internacional puede observarse la prolongada crisis de la economía de los países industrializados, el co-

lapso del socialismo soviético, que determina una nueva división geopolítica del mundo; la contradictoria globalización de las relaciones económicas que fragmenta más el orden internacional en el sentido de que concentra el poder, la riqueza y el conocimiento en pocos países y margina a la mayoría o los somete a una nueva condición periférica; ante la globalización surge el fenómeno que podría llamarse continentalismo: cada región se refugia en sí misma, en sus intereses y alcances; se proclama la apertura de comunidades económicas y países al intercambio internacional, pero los más desarrollados practican diversas formas de proteccionismo y discriminación, precisamente en perjuicio de los menos desarrollados; por otra parte, se pretende imponer a nuestros países un neoliberalismo incondicional, mientras que los grandes dan indicios de un retorno al keynesianismo o al pragmatismo, con mecanismos reguladores y coordinadores a escala planetaria y nacional. El mundo continúa siendo, por tanto, impar, asimétrico, con agudos perfiles de desigualdad, y un régimen de seguridad sustentado en una hegemonía político/militar sin fronteras y sin frenos éticos o jurídicos.

EL SUPPLICIO DE TANTALO

Estamos en el último decenio del siglo XX y del segundo milenio cristiano. Ha tiempo tuvimos la esperanza de que llegaríamos a esta transición cronológica e histórica sin graves problemas, con un razonable nivel de desarrollo y en un camino abierto al progreso integral de nuestra sociedad. Lejos de esa situación, ahora corremos el riesgo de la frustración del futuro, sumergidos como estamos en una crisis sin precedentes y sin soluciones a la vista. Pretendimos liberarnos de la macroeconomía del petróleo transformándola en una multieconomía basada en la amplia gama de recursos naturales, principalmente energéticos, y en la capacidad de trabajo y de iniciativa de nuestra gente; pero estamos hoy más que ayer bajo el signo de la dependencia petrolera, y los designios del poder apuntan a la acentuación de esta dependencia sin cambio significativo. Sufrimos el suplicio de Tántalo, la tortura de tener al alcance de la mano un porvenir brillante de país

mediano, consciente de sus limitaciones y posibilidades, seguro de sí mismo, digno y libre; pero esa perspectiva se nos aleja y se nos acerca, se nos muestra y se nos oculta, se ilumina y se ensombrece. También, aparentemente, nos hemos quedado sin paradigmas. No podemos tener como horizonte la situación de los países llamados desarrollados; ese tipo de desarrollo es, para nosotros, una alienación. Debemos crear nuestro propio paradigma, ponderar justamente nuestras necesidades, limitaciones, aspiraciones, recursos y aptitudes. Es tarea exigente de los científicos sociales contribuir a la creación de una nueva utopía, entendida como prefiguración de una realidad posible y deseable; para ello hay que levantar las banderas de la insurgencia intelectual. Hay que situarla, la utopía, en la equilibrada confluencia entre la razón trascendente y la razón pragmática. Vamos a la conquista de nuestra independencia del saber y del conocer, sin falsos espejismos, sin falacias, sin quebrantos de conciencia, sin las trampas de la fe que acechan a los místicos y visionarios. Un voto final, un íntimo deseo, casi un ruego al implacable transcurso de la vida: que nos encontramos una vez más, en este u otro recinto, en la celebración de los 40 años de esta promoción, en los comienzos del siglo XXI y del tercer milenio.

